

Las grandes tristezas de nuestra época. Los profesionales de la política. ("Nuevo Mundo", Madrid, 9 julio 1914). 4-21

ADICION 3ª a)

### Los profesionales de la política

—Bueno;—me dijo mi amigo el diputado,—estoy ya hasta la coronilla de oír hablar de políticos de oficio, políticos de profesión, profesionales de la política... ¿Qué es eso? ¿Qué se quiere decir con eso? Que hablen así los neutros, los despreciables neutros, esa ralea egoísta de la más mezquina calaña, lo comprendo; tienen que justificar de algún modo su abstención cobarde, ¿pero tú? ¿tú? tú que has hecho más de una vez política...

—Y la seguiré haciendo—lo respondí.—Sí, yo hago política y la hace todo el que manifiesta públicamente su opinión sobre un problema público. Y para ser político, no es menester alistarse en ninguno de los partidos organizados, con mote, bandera y santo y seña, aunque no se me ocurra censurar á los que en ellos se alisten. Eso está bien para el que tenga la abnegadísima vocación de concejal ó de diputado provincial ó á Cortes, para esos... quiero tragarme el epíteto que se me ocurre, que *se presentan*, es decir, se indican ellos á sí mismos para candidatos á esos cargos. «Me presenté candidato á... tal ó cual cargo! Dios me corte la lengua antes que llegar á pronunciar tales palabras. Dios me libre de caer en el bajo oficio de ir á la caza del elector y de adularlo ó sobornarle...

¡Vamos, sí, idealismos!

—Es que nadie está más lejos de la realidad, de la verdadera realidad, de la única que dura, que aquel á quien vosotros, los profesionales de la política, le tacháis de soñador.

—Bueno; ¿pero qué es un profesional de la política? Sepámoslo.

—Un político profesional—le dije entonces—es uno que estima que la suprema función política son las elecciones; es un electorero; es uno que lo supedita todo á ganar y acrecentar votos, es uno para quien las ideas que tenía á préstamo gratuito son un medio de alcanzar el poder, y el poder un medio para retenerlo y recobrarlo mañana y para hacerse, con mercedes, amigos: eso que se llama amigos en la política profesional. Un político de oficio es uno que cuando obtiene un cargo representativo no está pensando sino en la reelección, y á ella supedita todo lo demás. Caciquillo conozco, que en las diferencias y conflictos entre los intereses de los electores de su distrito, se pone siempre de parte de aquel que cree le ha de dar más votos. ¡Votos son triunfos! he aquí la

O. C. tomo IX



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES



divisa de esos desgraciados.

—Pero, hombre, ¿y la voluntad nacional?...—me interrumpió con cierta sorna.

—No hay tal voluntad, y lo sabéis bien vosotros, los cortejadores de distritos; no hay tal voluntad, porque para que la hubiera, sería menester que hubiese conciencia pública, y no la hay. Nuestro pueblo, y ello es la-

mentabilísimo, no opina nada respecto á casi ninguno de los problemas de vida ó muerte que más en lo vivo le atañen. Y vosotros, los que le pedís, le sonsacáis, le compráis ó le arrancáis los votos, ó mentís, con ayuda de monterillas y secretarillos, que os los dan, no os cuidáis lo más mínimo de iluminarle las tinieblas del alma y despertarle la conciencia. ¿Para qué?

—¿Y los mítines de propaganda?—me replicó, también en son de burla.

—Las doctrinas, si es que lo son, que lleváis á ellos, no son sino plataforma electoral. No sé de ninguno de vosotros, de los profesionales, que haya ido á exponer soluciones que le trajeran la derrota electoral, sabiendo de antemano que se la traerían.

—¡Sublime heroísmo!

—Sí, ya sé; conozco vuestro chibote. Lo propio del político profesional es ser cínico, lo que no le empece ser hipócrita. Pues hay la hipocresía del cinismo. La prueba de la habilidad, no diré del talento, es para vosotros el éxito. El que llega, eso que llamáis llegar, es el más listo. ¡Hacer carrera! ¡Hacer carrera? Lo mismo que vosotros, los hombres públicos, las mujeres públicas hacen también carrera. Y no les estorba ni la preocupación del buen nombre, ni menos la conciencia. Es decir, una *demi-mondaine* puede tener, como tal, muy buen nombre, fama de serlo á conciencia del oficio. ¿Y quién te ha dicho que uno que renunció á lo que llamáis un brillante porvenir político—¡vaya un brillo!—para meterse en una Cartuja, pongo por caso, no hace también carrera?

—Sí, la del cielo! No lo niego. Pero cada cual á su puesto. Y no creo que en la política, en la verdadera política, quepan los que van para cartujos de cualquier clase.

—Pues yo sé lo contrario, y es que hace mucha falta que en ese vuestro cotarro parlamentario, en esa charca de la sinceridad, caigan cartujos, blancos, negros ó rojos, y cuáqueros y soñadores sin sentido de las apariencias á que llamáis realidades, y, sobre todo, hombres supremamente indiscretos que no ignoren toda habilidad, y siendo incapaces de guardar secreto alguno, proclamando á voces lo que al oído os





cuchicheáis todos y no tengan manchados ni el corazón ni la mente por la abogacía.

—¡Otra vez!... ¡Ya salió aquello!

—Sí, me has oído cien veces hablar de ello y sabes que al decir abogacía no digo lo que otros al hablar de abogadismo. No me refiero al oficio de defender á los clientes ante los Tribunales de justicia, sino á esa lamentable disposición de ánimo que va á buscar pruebas para defender una tesis previa en vez de recoger datos para ir á la solución que de ellos surja, no á la que se les arranque con violencia. Eso es lo del abogado, aunque no lo sea en derecho y ante los Tribunales de justi-

cia; eso es lo del teólogo dogmático; eso es lo del sofista. Y eso es lo vuestro, que os pasáis el tiempo acusándoos y defendiéndoos. «¡Pido la palabra para una alusión personal!» ¿Y qué importa lo que dijiste ó dejaste de decir, lo que pensaste ó dejaste de pensar? Como yo no busco votos para concejal, diputado provincial ó á Cortes, ó senador, ni pienso buscarlos, si al volver á hablar en una reunión política de algún problema de ella, alguien me interrumpiese diciendo: «¡No decía usted eso hace cuatro años!» Le contestaría al punto: «Y á usted qué le importa, señor mío? ¿Qué más da que sea yo el mismo de entonces ó sea otro? ¿Vengo acaso á pedirle el voto? Usted vea si lo que voy á decir le sirve para ilustrarse sobre el asunto, si le doy datos para orientarse mejor en el problema, si le disuado de sus opiniones ó le corroboro en ellas, ó se las doy, si no las tenía al respecto, y lo demás importa poco. Aquí venimos á estudiar un asunto y no á hacer más elecciones».

—Eso está bien para tí, que no aspiras á gobernar...

—Y aunque aspirase á ello. Lo primero es la sinceridad. Cuando decís que el político que una vez tiene que confesar haberse equivocado, debe retirarse, sólo queréis decir que no les garantiza á sus amigos—á sus amigos, ¿eh?, no á los que piensan y sienten como él—sus puestos, sus distritos y sus cargos. Es un mal administrador de mercedes. Pero si se equivoca y no lo confiesa, entonces puede seguir. Electorería, en fin, es decir, miseria.

—¡Pero hay que hacer elecciones!...

—Sin duda, y como el pueblo no las hace, como no vota ni puede votar libremente, porque la libertad implica conciencia, la libertad no es sino conciencia, la libertad en un sér, es la conciencia de la ley por que se rige; como el pueblo no vota, hacéis ficción vosotros, los profesionales de la polí-



# Los profesionales de la política



4-21

tica. Y os cuidaréis muy mucho de hacer conciencia pública, porque eso sería vuestra muerte. Exige mucha más conciencia moral y más conocimiento de la verdadera realidad, el servir á un pueblo consciente que á un poderío personal cualquiera. Vosotros no os adherís á jefe alguno por sus ideas, sino por si os asegura el distrito. El político de veras con sentido de la realidad, es para vosotros el que os garantiza el distrito. De ahí que á las veces vuestra conciencia—que al fin, aunque empobrecida, la tenéis—se vaya con uno y vuestros votos con otro. Es el encasillado, suprema institución del profesionalismo.

—De modo que...

—De modo que un ciudadano digno, debe hoy sentirse en España orgulloso de que le llamen soberbio, ó soñador, ó asceta, y agraviado de que se le tache de hábil.

Miguel de Unamuno



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES